

En este volumen confluyen diversos estudios científicos y los resultados de varios proyectos de investigación que se desarrollan actualmente en el fecundo terreno arqueológico menorquín. Los coordinadores de la obra, Fernando Prados (Universidad de Alicante), Helena Jiménez (CNRS - Universidad de Toulouse) y José J. Martínez (Universidad de Murcia) forman parte del proyecto MODULAR, que tiene como principal objeto de estudio el mundo fenicio-púnico desde sus manifestaciones arquitectónicas. Desde MODULAR se presta especial atención a la conexión entre el mundo fenicio-púnico y las culturas locales, evaluando los procesos de hibridación y mestizaje resultantes. Entre los laboratorios de estudio y análisis destaca Menorca, sobre todo en su fase post-talayótica. El citado proyecto se inscribe en una línea prioritaria de investigación que se desarrolla desde el Instituto de Arqueología de la Universidad de Alicante y cuenta con el apoyo del Consell Insular de Menorca, dentro de su programa de ayudas para la realización de intervenciones arqueológicas, el Ajuntament de Ciutadella, la SHA Martí i Bella y el Camping Cap Blanch, desde diversas figuras colaborativas que van del apoyo logístico al mecenazgo.



cepoAt
MONOGRAFÍAS
2

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS
Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez (Coords.)

Publicacions
des Born, 25



2017

UNIVERSIDAD DE MURCIA

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS



cepoAt
MONOGRAFÍAS 2

CERCLE ARTÍSTIC
CIUTADILLA DE MENORCA
1891
Publicacions des Born, 25

Auspiciadas por la SHA Martí i Bella, las XIII JORNADAS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DE MENORCA (Ciutadella 2015) tuvieron como temática la presencia fenicia y púnica en la isla. Menorca, a pesar de disfrutar de una posición estratégica privilegiada en la órbita marina de esta cultura, se encuentra en clara desventaja en comparación con el conocimiento que se tiene sobre otros espacios geográficos de la esfera fenicio-púnica. Este “problema” científico e histórico, además, se hace más palpable en un momento como el actual, en que se trabaja en la propuesta para la inclusión de una parte del patrimonio arqueológico insular en la lista de la UNESCO. Si la clave de estas acciones radica en proteger, conservar y difundir este patrimonio, la base de todo ello ha de ser siempre el conocimiento, enfatizando el binomio “investigar para difundir”, que servirá para determinar las pautas y las acciones por las que deba encauzarse su gestión de cara a garantizar su sostenibilidad. Esta es la principal motivación de esta obra, científica y divulgativa a la par, en la que participan diversos especialistas sobre el mundo fenicio y púnico y la cultura talayótica menorquina.

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2

AÑO 2017

DIRECTORES: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)

CONSEJO ASESOR:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante),
Alejandro Andrés Bancalari Molina (Universidad de Concepción, Chile)
Pedro Barceló y Batiste (Universität Potsdam)
Rosa María Cid López (Universidad de Oviedo)
Joaquín María Córdoba Zoilo (Universidad Autónoma de Madrid)
Adolfo Antonio Díaz-Bautista Cremades (Universidad Católica de San Antonio de Murcia)
Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
David Hernández de la Fuente (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Adam Łukaszewicz (Universidad de Varsovia)
Pietro Militello (Universidad de Catania)
Iwona Mtrzwesky-Pianetti (Universidad de Varsovia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia OFM, Universidad Pontificia Antonianum de Roma)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)
Sabine Panzram (Universidad de Hamburgo)
Josep Padró Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Esther Sánchez Medina (Universidad Autónoma de Madrid)
Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá)
Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense)
Juan Pablo Vita Barra (CSIC Madrid)

UNIVERSIDAD DE MURCIA
PUBLICACIONES DEL CEPOAT
Nº 2

Fernando Prados Martínez
Helena Jiménez Vialás
José Javier Martínez García
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y
PÚNICOS

Cercle Artístic de Ciutadella
Publicacions des Born, 25

2017

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2
AÑO 2017

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Murcia, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

La monografía se inscribe en el Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (RYC 2011-08222), el Consell Insular de Menorca, y cuenta con el apoyo del Camping Cap Blanch, el Ajuntament de Ciutadella y la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

Los intercambios deberán realizarse a través de:
Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat>

Portada: Bronce de Rafal des Frares (Museu Diocesà de Ciutadella) Foto: Joan de Nicolás
I.S.B.N.: 978-84-946637-0-3
Depósito Legal: MU 101-2017
Edición y Fotocomposición: CEPOAT
Impresión a cargo de Compobell S.L.

“En esta isla, que por su pequeñez, por su aridez y aspereza, es la última de la tierra, los cartaginenses, como se deduce de los nombres impuestos, fundaron dos pequeñas ciudades situadas en línea recta una a cada extremo; Iamona orientada a poniente, Magona, en cambio, lo está hacia levante”

Severus Minoricensis, *Epistula*, 2, 5.

“Estrabón que es el más juicioso de los antiguos Geógrafos, nos dá á entender que desde el tiempo que los Fenicios se apoderaron de estas Islas, los vecinos de ellas se havian distinguido en el manejo de las hondas, lo que es suponer en mi concepto que en ocasion de dicha conquista ya estaban pobladas las Baleares. Pero y quando fué que esto aconteció? Estrabón no lo dice, y asi veamos si por otros medio lo podemos conjeturar, porque averiguarlo del todo, lo graduo por imposible después de tantos siglos, y de tanta escasez de noticias de una antigüedad tan remota”

Joan Ramis i Ramis 1818, 20-21.

ÍNDICE

Miquel Àngel María Ballester <i>Presentació</i>	9
Carlos González Wagner <i>Prólogo</i>	11
Fernando Prados, Helena Jiménez y Ángel Roca <i>Del gris al blanco. La isla de Menorca en el mapa fenicio y púnico</i>	13
<hr/>	
Adolfo J. Domínguez Monedero <i>El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios</i>	17
Joan Ramon Torres <i>Pecios y ¿colonias? materiales púnicos en las Islas Baleares</i>	41
Ana María Niveau de Villedary y Mariñas <i>Nuevos datos sobre la evolución formal y estilística de los “pebeteros en forma de cabeza femenina”. A propósito del ejemplar de Torralba d’en Salort (Alaior, Menorca)</i>	85
Fernando Prados Martínez y Helena Jiménez Vialás <i>Menorca entre fenicios y púnicos: una aproximación arqueológica desde la arquitectura defensiva</i>	105

Montserrat Anglada, Antoni Ferrer, Lluís Plantalamor i Damià Ramis <i>Continuïtat cultural en època de canvis: la producció i preparació d'aliments a Cornia Nou (Maó, Menorca) durant els segles IV- III aC</i>	137
Joan C. De Nicolás, Simón Gornés i Joana M. Gual <i>Indicis d'un santuari púnico-talaiòtic en el poblat de Biniparratx Petit (Sant Lluís, Menorca)</i>	157
Helena Jiménez, Fernando Prados, Joan C. De Nicolás, Andrés M. Adroher, Octavio Torres, José J. Martínez, Iván García, Diego López, David Expósito y Sonia Carbonell <i>Prospección arqueológica en Torrellafuda (Ciutadella, Menorca). Al encuentro de la Menorca púnica</i>	181
Damià Ramis <i>Evidències de contactes exteriors al món talaiòtic a partir de l'estudi del registre faunístic</i>	201
Antoni Ferrer Rotger i Irene Riudavets González <i>Denes púniques de pasta de vidre a Menorca: el conjunt del cercle 7 de Torre d'en Galmés</i>	219
Octavio Torres Gomariz <i>Cercles menorquins: aproximación a la influencia de la arquitectura púnica en las viviendas postalayóticas de Menorca</i>	231
Andreu Torres, Bartomeu Obrador y Joan C. De Nicolás <i>Ba'al-Hammon, Caelestis y el dios del plenilunio en el santuario con taula de Son Catlar (Ciutadella)</i>	245
Bibliografia	277

EL EJÉRCITO DE ANÍBAL, UNA FUERZA DE MERCENARIOS

Adolfo J. Domínguez Monedero¹

1. INTRODUCCIÓN. EL INICIO DEL USO DE MERCENARIOS POR CARTAGO

La figura de Aníbal y su guerra contra Roma no ha dejado de ser un tema recurrente en la historiografía contemporánea, si bien en los últimos años varios han sido los trabajos que han salido a la luz acerca de la personalidad o de la obra del general cartaginés (Barceló 2000; Hoyos 2003; Brizzi 2009; Barceló 2010; Remedios *et al.* 2012; Bendala 2013; MacDonald 2015; Bendala 2015). En este trabajo me centraré en diversos aspectos que suscita el tipo de ejército que empleó, compuesto en un gran porcentaje por tropas mercenarias aun cuando, para situarlo mejor en su contexto, mi análisis se iniciará bastante antes en el tiempo y se prolongará abordando algunos temas referidos a algunos posibles casos en los que tal vez podamos tener alguna visualización arqueológica de lo que supuso la guerra anibálica desde el punto de vista de los individuos implicados en la misma.

La ciudad de Cartago, desde al menos el inicio de su expansión ultramarina a partir del s. VI a.C. debió de hacer uso de distintos tipos de tropas reclutadas entre poblaciones ajenas a la ciudad. De las primeras etapas de esta expansión disponemos solo de noticias más o menos genéricas recogidas por autores grecolatinos posteriores como, por ejemplo, Justino, que parece aludir a estas primeras campañas y a la figura del general Malco (Just., XVIII, 7, 1-6). En este mismo autor, sin embargo, encontramos una referencia a la labor de Magón, que es denominado “*imperator Karthaginensium*”, y que habría sido responsable “el primero de todos en haber regulado la disciplina en el ejército siendo así el fundador del impero de los cartagineses” (*primus omnium ordinata disciplina militari imperium Poenorum condidisset*) (Just., XIX, 1, 1), aunque el sentido real de la noticia sigue siendo objeto de debate (Fariselli, 2011, 129-130). Sus hijos Asdrúbal y Amílcar habrían combatido en Cerdeña y en África. El primero moriría en la isla centro mediterránea (Just., XIX, 1, 6) y el segundo en lo que Justino llama “guerra de Sicilia” (*bellum Siciliense*) (Just., XIX, 2, 1) y de la que, gracias a Heródoto y otros autores conocemos más detalles, en especial de su enfrentamiento decisivo, la batalla de Hímera, del 480 a.C. En esta batalla habrían participado trescientos mil soldados en

1 Universidad Autónoma de Madrid.

el lado cartaginés, una cifra exagerada pero que da cuenta, al menos, de la capacidad reclutadora ya en esos años de la ciudad de Cartago. Entre los contingentes presentes se encontrarían fenicios, libios, iberos, ligures, elisicos, sardonios y cirtios (Hdt., VII, 165). Como es bien sabido, en los últimos años se ha excavado una importante sección de la necrópolis de la ciudad siciliana de Hímera habiendo aparecido restos de los enterramientos correspondientes a una parte de los caídos de esa batalla (Vassallo 2010, 17-38). Entre los objetos aparecidos figuran dos espinilleras ibéricas que parecen haber formado parte de un monumento erigido por los vencedores con parte de los despojos de los vencidos (Vassallo 2014, 533-540; Graells 2014, 73-74) y que confirmarían arqueológicamente la presencia de mercenarios ibéricos entre las tropas reclutadas por Cartago.

A pesar de la utilidad práctica que podría tener para Cartago el empleo de tropas mercenarias, autores como Polibio verán en este hecho una de las causas de la inferioridad de la ciudad africana en último término frente a Roma puesto que el autor de Megalópolis acabará decantándose por la superioridad romana al basar estos el éxito en sus propios ciudadanos y en el apoyo de sus aliados, mientras que, según el mismo autor, Cartago lo hará en sus mercenarios, lo que les hace menos constantes y tenaces en sus empresas (Plb., VI, 52, 2-8). Es claro que la opinión del autor griego deriva del resultado de las tres guerras púnicas, que acabó siendo favorable a los intereses de Roma y, en su afán de justificar este hecho y buscar las causas del mismo, recurre, entre otros, a este argumento cuando es un hecho bien conocido que el uso de tropas mercenarias era algo usual en el mundo mediterráneo de época clásica y helenística, y con frecuencia con éxitos acreditados entre quienes utilizaban los servicios de estos soldados (Griffith 1935; Parke 1970; Tagliamonte 1994; Bettalli 1995; Foulon 1995, 211-218; Trundle 2004; Péré-Noguès 2011, 147-163; Gómez 2012).

El mayor o menor peso de los mercenarios en el ejército de Cartago ha dado lugar a amplios debates acerca de la esencia del mismo (Wagner 1994, 825-835); no obstante, los autores antiguos parecen subrayar el peso creciente de las tropas contratadas sobre las nacionales y da la impresión de que la culminación de este proceso se daría durante la guerra anibálica.

2. MECANISMOS DE RECLUTAMIENTO DE MERCENARIOS

Los mecanismos de reclutamiento sin duda eran variados y no insistiremos demasiado en ellos de momento; aludiremos tan solo a la noticia que transmite Diodoro relativa a los preparativos cartagineses ante la gran campaña contra la Sicilia griega del 409 a.C. en adelante. En dicho texto se menciona cómo Aníbal, que iba a liderar la guerra pero rehusó debido a su avanzada edad y su pariente Himilcón, que acabó siendo el general efectivo de la misma, enviaron a Iberia y a las islas Baleares a algunos ciudadanos cartagineses distinguidos (*tinas ton en axiomati para tois Karchedoniois*), junto con

grandes sumas de dinero (*meta pollon chrematon*) para proceder a reclutar tropas en esos territorios, a las que se unirían otros contingentes africanos e itálicos alcanzando unas cifras que oscilaban entre los ciento veinte mil hombres (Timeo) o trescientos mil (Éforo) (D.S., XIII, 80, 1-5; XIV, 54, 4-6). Frente a lo que a veces se ha apuntado, creo que no hay contradicción entre este sistema y la existencia de acuerdos o alianzas con poblaciones locales, gestionados a través de sus élites, que reciben contrapartidas de diversos tipos por parte de Cartago (entre ellas, plata) a cambio de su servicio en su ejército (Goldsworthy 2000, 33). Las alianzas con las aristocracias ibéricas a través de pactos matrimoniales que acabarían manteniendo Amílcar Barca y Aníbal serían la forma más extrema de estos acuerdos pero en ellos no dejaba de circular la plata que Cartago aportaba para favorecer los mismos.

Este mecanismo, que tenemos atestiguado en este caso, debió de ser bastante frecuente en este y en otros momentos, anteriores y posteriores. Es difícil detectar huellas arqueológicas directas de estas actividades, aun cuando es probable que, en algún caso, podamos tenerlas. Sería el caso de la Mesa de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla) y de otros puntos, en los que se ha encontrado una importante cantidad de moneda cartaginesa bastante anterior a la presencia bárquida datable, en concreto, entre finales del s. IV e inicios del s. III a.C.; según los autores que han puesto en valor estos hallazgos en El Gandul, en Cerros de San Pedro y Arenas II (Fuentes de Andalucía, Sevilla) y en otros puntos, estas monedas serían la prueba de la existencia de tropas, eventualmente cartaginesas, que habrían tomado el control de ese territorio con el objetivo de dominar Carmo (Carmona, Sevilla) u otros territorios del valle del Guadalquivir (Pliego 2003a, 31-67; *Id.*, 2003b, 39-56; *Id.*, 2005, 531-534; Ferrer y Pliego 2011a, 525-557; *Id.*, 2011b, 33-41; *Id.*, 2013, 107-133). No obstante, resulta difícil aceptar sin más esa posibilidad, que no viene ni contrastada por las fuentes escritas ni, tan siquiera, por el resto de testimonios arqueológicos conocidos en el sur y sudoeste de la Península Ibérica (Domínguez 2005-2006, 181-199). El carácter de esos hallazgos monetarios, no acompañados de otros testimonios palpables de la presencia de tropas cartaginesas, así como la dificultad de aceptar que en esos momentos convulsos del tránsito entre el s. IV y el III Cartago hubiese tenido los medios y la intención de establecer un control sólido sobre Iberia hace que la hipótesis de las guarniciones cartaginesas deba ser rechazada. Esa moneda, sin embargo, con buenos paralelos, al parecer, en la Sicilia púnica, en Cerdeña y en la propia Cartago, lo que sugeriría que podría haber sido acuñada en cecas ubicadas en esos territorios, puede explicarse de otros modos. Por ejemplo, como huellas de la actividad de esos reclutadores de mercenarios (*xenologoi*) que mencionaba el pasaje ya citado de Diodoro o, quizá más sencillo, como parte de la paga que mercenarios licenciados de los ejércitos púnicos habrían traído de vuelta a sus lugares de origen tras sus años de servicio. También puede darse una combinación de ambas posibilidades aunque el desconocimiento, al menos por el momento, de estructuras arquitectónicas impide avanzar mucho más, a pesar de los intentos en tal sentido (Fariselli 2011, 135-136).

De tal modo, y en el estado actual de nuestros conocimientos, hallazgos de este tipo pueden confirmar el importante esfuerzo económico que Cartago destina en estos momentos previos al estallido de la Primera Guerra Púnica al reclutamiento de tropas mercenarias en diversos ámbitos del Mediterráneo, incluyendo la Península Ibérica (Fariselli 2002). Eso no tiene por qué implicar, sin embargo, que exista un control político de Cartago sobre los territorios en los que recluta mercenarios, algo que también ha sido puesto de relieve para otras regiones mediterráneas, en este caso norteafricanas (Bridoux 2014, 181-182).

3. EL CRECIENTE PAPEL DE LOS MERCENARIOS EN EL EJÉRCITO DE CARTAGO

La consideración que Cartago tiene de los mercenarios como tropas prescindibles se pone de manifiesto durante la guerra del 395 en Sicilia cuando los cartagineses, previo pacto con el tirano siracusano Dionisio, consiguen poder embarcar a sus tropas nacionales dejando abandonado a su suerte en Sicilia al resto del ejército, que fue destruido por los griegos, con excepción de los contingentes ibéricos que, tras mantener la cohesión en sus filas, lograron pactar con Dionisio, el cual acabó integrándolos en su ejército como mercenarios (D.S., XIV, 75, 4-9). El que las tropas de origen cartaginés fuesen minoritarias dentro de los ejércitos destacados en Sicilia no impidió que, en alguna ocasión, como en la batalla del Crimiso (341 a.C.) sus bajas fuesen enormes; en esta batalla, de diez mil soldados al servicio de Cartago muertos, tres mil eran ciudadanos suyos lo que provocó una gran consternación en la ciudad porque, al parecer, nunca antes había perecido tan gran número de cartagineses en una sola batalla (Plu., *Tim.*, 28, 10-11). Según parece, tras esta batalla, Cartago incrementa la proporción de mercenarios en su ejército al no juzgar apropiado exponer a sus ciudadanos a los peligros de la guerra; según asegura Diodoro, en este momento se contrata también a mercenarios griegos a los que se pagaba un elevado salario debido a la riqueza de Cartago (D.S., XVI, 81, 4). Sin duda ninguna el resto de regiones proveedoras de mercenarios continuaron surtiendo a Cartago de los mismos aunque es posible que el reclutamiento cada vez mayor de mercenarios procedentes de ámbitos hasta entonces poco explotados, como el griego, pueda haber influido en las transformaciones de la política monetaria de Cartago atestiguadas para el s. IV a.C., en especial a partir de la segunda mitad del siglo (Manfredi 2009, 93-116). Esto hace que las monedas de Cartago sean cada vez más abundantes y se conviertan en medio de pago incluso para territorios que, como la Península Ibérica, aún estaban bastante alejados de la economía monetaria en aquellos momentos. No podemos perder de vista, por ejemplo, que las monedas más antiguas de Gadir hay que datarlas a principios del s. III a.C. (Alfaro 1994, 59-60) lo que indica que, hasta ese momento, la principal ciudad fenicia de la Península, a diferencia de su hermana africana, Cartago, no tuvo necesidad de disponer de numerario propio utilizando, sin duda, otros medios de pago.

Esta política de Cartago de involucrar a elementos cada vez más ajenos a sus ámbitos tradicionales de intereses viene ejemplificada, en nuestras fuentes, por la contratación del espartano Jantipo hacia el 255 a.C., junto con un amplio contingente de griegos, en plena Primera Guerra Púnica. Según asegura Polibio (I, 32, 1-7), las innovaciones militares que este personaje introduce en el heterogéneo ejército cartaginés van en el sentido de reforzar su homogeneidad así como instruirle en las tácticas y formaciones ya consolidadas en los ejércitos griegos de la época. Además, introduciría un cierto componente de “profesionalización” del que parecen haber carecido hasta el momento los ejércitos de Cartago y es probable que su actividad y su actitud pueda haber influido en algunos nobles cartagineses con responsabilidades militares, como el propio Amílcar Barca (Brizzi 1995, 310; Goldsworthy 2000, 88-89; Quesada 2009, 151). Quizá la importancia de su actividad sea mayor de lo que dejan entrever nuestras fuentes que, no obstante, le conceden cierta relevancia, en especial Diodoro, que, además de relatar algunas de sus proezas en combate (D.S., XXIII, 14-16) llega a asegurar que su fama se extendió por toda la tierra habitada y que todo el mundo pudo maravillarse de la virtud (*arete*) de este hombre (D.S., XXIII, 15, 5). Sea como fuere, y a pesar de la parquedad de nuestras informaciones que impiden que nos hagamos una idea cabal de su actividad (Lazenby 1996, 102-106), no tenemos por qué dudar de que su presencia en Cartago debió de tener una gran importancia y una influencia destacada sobre todo porque algunos generales cartagineses pudieron conocer de primera mano cómo había ido evolucionando la guerra en el Oriente helenístico. Si Amílcar estuvo o no entre ellos es algo que no sabemos con certeza pero, a la vista de su desempeño militar y, sobre todo, del de su hijo Aníbal, no parece improbable. Pero, de momento, y a pesar de las victorias logradas por Jantipo, las mismas se ven minimizadas en un primer momento porque ni tan siquiera el general espartano, y sus enseñanzas, pueden impedir, como es bien sabido, la derrota de Cartago en ese primer gran enfrentamiento con Roma.

Lo que ocurre después es bien conocido. El cúmulo de errores cometidos por el estado cartaginés con respecto a la gestión de los mercenarios, derrotados, descontentos y no pagados, provoca la terrible Guerra de los Mercenarios (Loreto 1995; Goldsworthy 2000, 133-136; Hoyos 2007; *Id.* 2011, 206-210). Será su victoria en ella la que verá la definitiva consagración de Amílcar y su política de expansión en la Península Ibérica. Dentro del tono moralista con el que Polibio analiza la Historia, destacan las observaciones que realiza el autor al reflexionar sobre las precauciones que deberían tener quienes utilizan tropas mercenarias y, en último término, acaba destacando las diferencias que existen entre un ejército compuesto de tropas mezcladas y bárbaras y aquel que se integra por soldados educados en costumbres políticas y leyes ciudadanas (Plb., I, 65, 7) (Ameling 2000, 111-116). En el primero, y sería una de las causas de la guerra para Polibio, el excesivo ocio y relajación tras su concentración en Sica provocó la ruptura total de la disciplina y propició cálculos y expectativas exageradas acerca de la deuda que el estado cartaginés tenía con ellos y sobre las posibilidades de cobrarla (Plb.,

I, 66, 10-12). Lo que, por otro lado, y a pesar de su crítica negativa, Polibio reconoce como una política acertada de mezclar en sus ejércitos diferentes naciones para evitar, precisamente, motines y revueltas, más difíciles entre gentes heterogéneas, es visto como un riesgo aún mucho mayor en esta ocasión porque esa mezcla de pueblos acaba haciendo más difícil la negociación. Entre los que se sublevan, que Polibio cifra en más de veinte mil, cita el autor a iberos, galos, ligures, baleáricos y semigriegos, en parte desertores y esclavos, si bien la mayoría estaba compuesta por africanos (Plb., I, 67, 3-13), lo que acabaría explicando que esta guerra, que parece haber surgido para reclamar las soldadas debidas, acabará convirtiéndose en una guerra de liberación libia (Plb., I, 70, 8-9) en la que, curiosamente, el fenicio acabará siendo la *lingua franca* de los rebeldes (Plb., I, 80, 5-7). Esta concepción y organización, que pretende emular a la de un estado, se observa en la acuñación de moneda que los amotinados emprenden y que, a pesar de lo anterior, presentará rótulos en griego a nombre de “los libios” (*Libyon*) aun cuando acompañados de la letra fenicia *mem* que resaltaría esta identidad ciudadana que los sublevados parecen haber querido adquirir (Acquaro 1989, 137-144; Manganaro 1992, 93-106; Zimmermann 2001, 235-252).

4. LOS BARCA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

El resultado de la guerra (Barceló 2001, 253-264), a pesar de su dureza y de las grandes pérdidas, permite, como decíamos, el ascenso incontestable de Amílcar (Gómez de Caso 1996). Como consecuencia de su éxito, que es visto como la causa de la salvación de Cartago, dispondrá de la libertad suficiente como para emprender, siempre con el apoyo de la mayor parte del senado de Cartago, su política de expansión en la Península Ibérica con un objetivo declarado aceptable por la vigilante Roma pero, sin duda, con una agenda oculta cuyo elemento principal era volver a disputar a la ciudad de Lacio la hegemonía mediterránea. Para esta empresa, que se concretó desde el principio en establecer, por vez primera, un área de control político y militar en una parte importante de la Península, una auténtica *epikrateia* quizá modelada sobre la duradera y exitosa *epikrateia* en Sicilia (Hans 1983), el uso de tropas mercenarias seguía siendo un elemento fundamental. Debido a la pérdida del control sobre otros territorios mediterráneos, ahora Cartago tenía que recurrir a tropas reclutadas en Iberia y en África que, por otro lado, habían sido los principales centros de reclutamiento desde el inicio de su expansión. Los años que transcurren entre el desembarco de Amílcar en Iberia y el inicio de la Segunda Guerra Púnica son fundamentales para comprender los cambios que experimenta la política cartaginesa, centrada en el control político, económico y militar de un territorio no demasiado conocido por ellos con anterioridad, pero que a partir de ahora iba a ser el centro de su interés (Chic 1978, 233-242; García 1997-1998, 17-31; Wagner 1999, 263-294; Ferrer 2011, 303-316; Blázquez 2012, 27-43).

Numerosos hallazgos monetales, en especial en el área del Guadalquivir y territorios adyacentes, aparecidos a lo largo de los años, han sido interpretados, sin duda de modo correcto, como una prueba de la acción cartaginesa sobre esos territorios sin descartar tampoco, ya durante el periodo de la Segunda Guerra Púnica la incidencia de auxiliares hispanos al servicio de Roma (Chaves 1990, 613-622; Chaves y Pliego 2015). En cualquier caso, la expansión de la moneda en múltiples comunidades ibéricas durante el último tercio del s. III a.C. es una consecuencia directa de una presencia de Cartago que no parece haber existido antes del inicio de la actividad de Amílcar Barca y el resto de los miembros de su familia en Iberia (Domínguez 2012, 177-202).



Fig. 1. Detalle del lienzo de la muralla de Sagunto.

En relación también con sus acuerdos con las poblaciones locales, con las que los cartagineses buscan establecer intensas relaciones (Liv., XXI, 2, 5) pueden estar las acuñaciones en plata en las que desde hace bastante tiempo se han querido ver representaciones (“retratos”) de los miembros de la familia Barca (Blázquez 1976, 39-48; García-Bellido 2012, 431-455; *Id.* 2013, 175-207), algo que plantea dificultades enormes puesto que, en muchas de ellas, se trata de representar a Melqart como muestra la aparición de la clava de Heracles, héroe griego cuya identificación con el dios fenicio es plenamente admitida ya en estos momentos del s. III a.C. Resulta difícil aceptar que unos generales cartagineses quisiesen poner sus rostros a representaciones divinas, algo que no encaja de ningún modo ni en la ideología fenicia que conocemos peor ni, mucho menos, en la griega en la que un hecho de ese tipo sería visto, como mínimo, como *hybris* (soberbia) y como *asebeia* (impiedad).

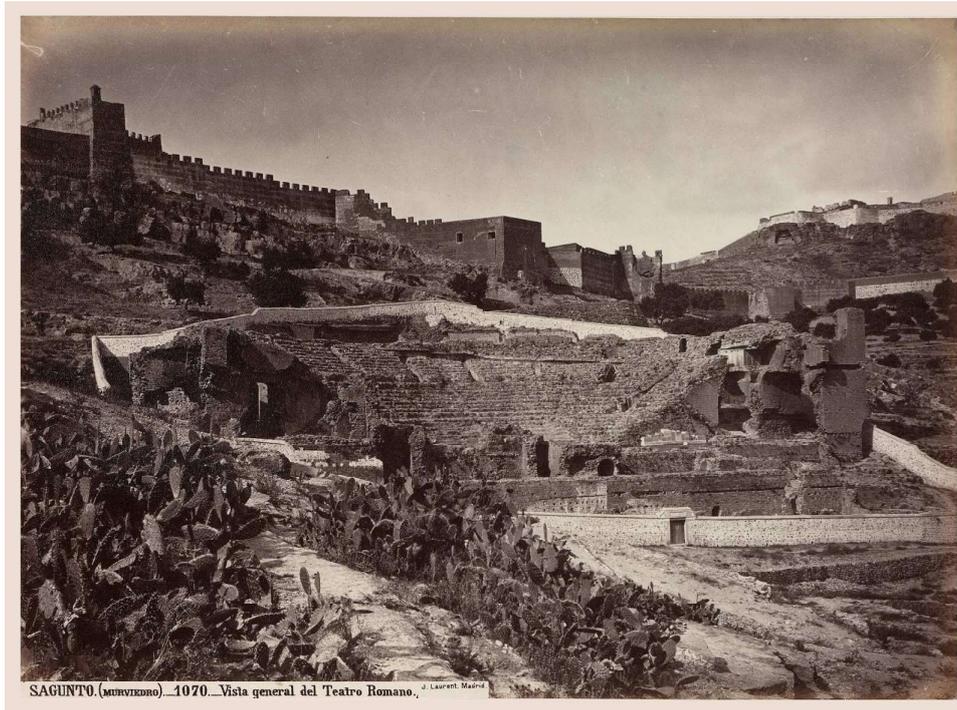


Fig. 2. Teatro romano de Sagunto hacia 1860. Foto de J. Laurent (Instituto del Patrimonio Cultural de España, VN-0556).

Se ha sugerido que uno de los motivos para explicar la acuñación de estas monedas tendría que ver con reforzar la lealtad hacia Cartago y sus generales de las poblaciones locales, tan necesaria en el diseño político bárquida. Creemos que esta lealtad puede muy bien haberse cimentado en la abundante circulación de plata promovida por los Barca, más allá del motivo acuñado en las monedas, que no dejan de representar a Melqart-Heracles como no podía ser de otra manera en el caso de unos generales que, a pesar del gran poder y autonomía del que gozaron en Iberia, no dejaban de estar controlados por el Senado cartaginés. Del mismo modo, esta abundancia de plata obliga a matizar las sugerencias de algún autor moderno cuando asegura que “most of these Spanish Warriors would now serve not as mercenaries for pay, but as allied soldiers” (Goldsworthy 2000, 148). Como sugeríamos páginas atrás, el hecho de que los generales de la familia Barca establezcan pactos con las aristocracias ibéricas, sustanciados a veces con matrimonios, que otorgan a ambas parte la consideración de “aliados” no debe hacernos perder de vista que para Cartago (o para los Barca) esto quizá no fuese más que un instrumento para conseguir lo que pretendían, esto es, el apoyo de las poblaciones locales y el aporte de tropas por las que, en cualquier caso, había que pagar en plata, tanto a los que combatían como a las élites locales que permitían su marcha, aunque la misma pudiese figurar como una cláusula más de la “alianza” contraída.

Resulta curioso, por lo demás, cómo a pesar de esta política de atracción hacia las poblaciones locales, que tan imprescindible era para los generales cartagineses, tanto Amílcar como Asdrúbal murieron a manos de nativos con los que, presuntamente, habían establecido relaciones de amistad y confianza (D.S., XXV, 10, 3-4; Plb., II, 36, 1; Liv., XXI, 2, 6). Todo eso no hace sino demostrar cuán frágiles eran estos acuerdos en los que intervenía una multiplicidad de factores no siempre previsibles por los generales cartagineses. La historiografía española se ha hecho eco en bastantes ocasiones de las informaciones que los autores antiguos sobre el reclutamiento de tropas en el territorio peninsular (García y Bellido 1953; *Id.*, 1974, 201-203; García-Gelabert y Blázquez 1987-1988, 257-270; Barceló 1991, 21-26; Jiménez 2012, 227-250), y las mismas han sido también objeto de estudios en síntesis recientes sobre los mercenarios de Cartago (Fariselli 2002, 139-242).

5. ANÍBAL, GENERAL DE MERCENARIOS

El acceso de Aníbal al generalato tras la intempestiva muerte de su cuñado hace volver de nuevo la política de Cartago en Iberia a la ofensiva, como en época de Amílcar, frente a la de los movimientos tácticos (a pesar de todo, fundamentales), que habían caracterizado al periodo de Asdrúbal. Las campañas contra territorios aún al margen del área de dominio cartaginés en la Península (*epikrateia* o *eparchia*) fueron un excelente medio para que el joven general fuese ultimando determinados aspectos logísticos de cara a su inminente guerra contra Roma al tiempo que experimentaba en campaña con el ejército que ahora estaba bajo su mando (Domínguez 1986, 241-258; *Id.* 2013, 285-311).

Una vez finalizado el asunto de Sagunto (Domínguez 2011-2012, 395-417) y en vísperas de la partida de Aníbal en dirección a los Alpes, el general toma una decisión que conocemos bien porque tanto Polibio como Livio (con algún añadido de su cosecha) nos la transmiten y que consistió en el traslado de contingentes peninsulares a África y de tropas africanas a Iberia (Plb., III, 33, 8-16; Liv., XXI, 21, 10-13 – 22, 1-4). Polibio asegura que esta sabia disposición la tomó debido a su carácter experimentado (*empeiros*) y prudente (*phronimos*), lo que aludiría tanto a la experiencia adquirida como a las enseñanzas que su padre, quien padeció de forma directa la imprudencia de las autoridades cartaginesas en el asunto de los mercenarios, le hubiese transmitido. Aunque no tomado de Polibio, puesto que este autor no lo menciona, pero seguramente inspirado en la apreciación recién mencionada del autor de Megalópolis, Livio justifica este intercambio de tropas en el hecho de que iban a convertirse en mejores soldados por hallarse lejos de sus patrias y, cada uno de ellos, sirviendo en la de los otros, como si se viesan obligados por rehenes mutuos. Ni que decir que esto no es del todo cierto porque no hay una correspondencia estricta entre los territorios en los que los diversos contingentes están acantonados y esta visión corresponde más al análisis retrospectivo que hace Livio cuando conceptos como Hispania o África han adquirido ya una personalidad propia dentro del Imperio romano, algo que en época de Aníbal aún no había ocurrido.

De mucho mayor interés es la información que nos proporciona Polibio en el sentido de que las cifras y los nombres que da de estas tropas que son intercambiadas entre territorios las toma de una inscripción en una tableta de bronce (*chalkoma*) que el propio Aníbal había dedicado en el templo de Hera Lacinia en la época en la que, años después, había establecido sus bases en esa región del sur de Italia (Plb., III, 33, 18); Polibio considera digno de confianza ese testimonio de primera mano y nosotros no tenemos motivos para dudar de su criterio.

La sucesión de victorias que logra Aníbal en territorio italiano, después del difícil cruce de los Alpes, es prueba de que su heterogéneo ejército, al que se habían sumado también contingentes galos, se había convertido en una extraordinaria máquina de guerra y que el general había conseguido algo que ya habían intentado, desde hacía siglos, otros estrategas al servicio de Cartago (como Jantipo): que funcionase como un todo en el que las peculiaridades de cada contingente pudiesen ser combinadas para conseguir victorias que, a veces, como ocurrió en Cannas, resultaron espectaculares y terribles para los romanos. La propia descripción que del ejército anibálico da Livio en esta ocasión resalta este carácter, así como el gran número de efectivos, cuarenta mil infantes y diez mil jinetes (XXII, 46, 1-6; cf. Plb., III, 114, 5). Como asegura Polibio, una vez trabado el combate ocurrió lo que Aníbal había previsto, es decir, que los galos, situados en el centro, no podrían resistir el empuje romano y retrocederían, obligando a los romanos a perseguirlos, quedando rodeados por las alas cartaginesas que, de este modo, pudieron aniquilar al enemigo (Plb., III, 115, 11). Las apreciaciones modernas han añadido muchos detalles y visiones sobre esta decisiva batalla (Daly 2002; Goldsworthy 2002) pero no tenemos por qué dudar del juicio de Polibio según el cual Aníbal había previsto, en sus líneas generales, el desarrollo de la batalla como muestra, sobre todo, la disposición de las propias tropas y su ubicación precisa en el campo de batalla, atendiendo a sus peculiares formas de combate y a sus características y capacidades. Ello le permitió prever su comportamiento en combate y, por lo tanto, sacar partido, incluso, de los puntos débiles que pudo detectar en las mismas. Pero lo más importante es que fue capaz de planificar sus acciones y hacer que las distintas partes de su ejército se atuviesen a ese esquema y ejecutasen la parte que él les había reservado en el diseño de la batalla. Siempre quedará la duda, no obstante, de si fue el éxito en la batalla, algo que a veces depende en gran medida de circunstancias fortuitas y no siempre controlables, lo que propició estos juicios favorables a Aníbal; no obstante, un buen general se caracteriza, y en ello radica su calidad, en tratar de prever todos los imponderables que pueden darse en una batalla y tener previstas las acciones para paliarlos o, al menos, mitigar sus efectos. A todo ello hay que añadir, como han observado otros especialistas, los cambios que acaba introduciendo Aníbal, renunciando al mantenimiento del modelo de la falange, que había caracterizado a la ciudad durante largo tiempo y creando un tipo de ejército más adaptado a las condiciones propias de sus soldados y también a las necesidades del enfrentamiento con las legiones romanas (Brizzi 1995, 314-315; Quesada 2009, 143-172); en este sentido, Cannas es el ejemplo más claro

del nuevo modelo de ejército que Aníbal ha creado, en buena medida sobre la base de su carisma, cualquiera que haya sido el origen real del mismo (Quesada 2013, 255-283).

El suministro de tropas parece haber seguido funcionando a lo largo de la estancia de Aníbal en Italia, tanto porque su hermano Asdrúbal había quedado en Iberia como porque el propio senado de Cartago velaba porque el esfuerzo de guerra se mantuviese en niveles aceptables. En Livio encontramos una noticia, referida al año 216/5 a.C., en la que se informa de un reclutamiento adicional de cuatro mil númidas y cuarenta elefantes así como una cantidad de dinero no conocida por una laguna en el texto así como el envío a Hispania, junto con Magón, de un magistrado al que el autor da el nombre de *dictator* para que reclutase veinte mil infantes y cuatro mil jinetes para suplementar los ejércitos de África e Italia (Liv., XXIII, 13, 7). Aunque no sabemos con exactitud a qué cargo puede corresponder en la estructura política cartaginesa este *dictator*, posiblemente nos encontramos con algo muy similar a lo que habíamos visto páginas atrás cuando, a fines del s. V a.C., Cartago había enviado a “ciudadanos distinguidos” con grandes sumas de dinero a Iberia y a las Baleares para proceder también a reclutamientos masivos de mercenarios. En otros pasajes de Livio estos reclutadores reciben el nombre de *conquisitores* (Liv., XXI, 11, 13; 21, 13; XXX, 7, 10). Vemos, pues, que los mecanismos no habían variado apenas durante doscientos años. La principal diferencia con el periodo anterior es que ahora la Galia, mejor conocida por los cartagineses que a finales del s. V proporcionaba gran cantidad de tropas, que podían ser renovadas con bastante facilidad para suplir las pesadas pérdidas que, poco a poco, van sufriendo los cartagineses, en especial en su retaguardia hispana (Liv., XXIV, 42, 6-8).

Sin querer centrarme de forma específica en el caso de los mercenarios baleáricos, que ya he tratado en otras ocasiones (Domínguez 2005, 163-189), sí que quiero resaltar que, especialmente en ese territorio debido a su carácter insular y, por ello mismo, a las evidentes limitaciones demográficas que el mismo imponía, las sucesivas levas de Cartago acaban provocando una reacción negativa entre sus habitantes. Es el caso del fallido intento de Magón, en 206 a.C. de reclutar honderos en la mayor de las Baleares donde el hermano de Aníbal no puede ni tan siquiera desembarcar ante la nutrida lluvia de piedras que recibe su flota. Ante esa situación, decide dirigirse a la isla de Menorca, donde pasará el invierno no sin antes haber realizado un reclutamiento de dos mil mercenarios que enviará a Cartago (Liv., XXVIII, 37, 5-9).

Aunque no tenemos indicios claros, los habitantes de la isla de Mallorca podían haber empezado a sentir una fuerte presión en la demanda de reclutas por parte de Cartago que, tal vez con una frecuencia mayor a la habitual, exigían cada poco tiempo nuevos soldados. Quizá ese territorio estaba empezando a considerar ese suministro más como una gravosa carga que como un recurso para dar salida a parte de su juventud a cambio de las contrapartidas económicas que Cartago podría proporcionarles (D.S., V, 17) (Domínguez 2004, 247-280). Un indicio de este posible alejamiento lo tendríamos

en la visita de embajadores baleáricos a Escipión durante su breve estancia en la isla de Ibiza donde intentó sin éxito tomar la ciudad y hacerse con un abundante botín (Liv., XXII, 20, 9). Esta visita, con la intención de pedir la paz al romano, debió de tener lugar, por lo tanto, en el 217 a.C., esto es, bastantes años antes del rechazo al desembarco a Magón y no tenemos noticias de ningún otro intento de este tipo. Sin embargo, y una vez que la guerra estaba desarrollándose de forma insatisfactoria para Cartago y de que sus demandas de tropas eran cada vez mayores, todo ello unido al posible descenso de las contrapartidas cartaginesas, que quizá tuviesen cada vez más dificultades para conseguir dinero, llegando Magón incluso a saquear los santuarios de Gadir y a los particulares (Liv., XXVIII, 36, 1-3), no habría sido improbable que estos conatos de descontento de los baleáricos ya manifestados en 217 no hubieran hecho sino agravarse con el paso del tiempo. En alguna otra ocasión vemos cómo el rigor de reclutamiento (*dilectus acerbitate*) provoca reacciones negativas entre los afectados, como ocurre entre oretanos y carpetanos en la época del sitio de Sagunto, los cuales llegan a retener a los reclutadores (*conquisitores*) cartagineses, si bien la rápida intervención de Aníbal resuelve el asunto y evita la defección (Liv., XXI, 11, 13).

La acción de los habitantes de Mallorca, por lo tanto, podría tener que ver con el incremento del control romano ejercido sobre Hispania tras las batallas de Baecula y de Ilipa, con la posible acción diplomática de Roma o con el descontento con la actividad de Cartago y sus generales. El mercenariado era una buena salida para muchos individuos que se alistaban ante la perspectiva de obtener beneficios tangibles a través de la soldada y de su participación en el botín y la gente estaba más dispuesta a alistarse cuando estas perspectivas eran favorables, siendo más difícil hacerlo cuando, como era el caso con Magón, había tenido que desalojar la Península Ibérica ante el inexorable avance romano y la defección de aliados tradicionales como Gadir. Es muy probable también que los habitantes de Menorca fuesen sorprendidos desprevenidos o, tal vez, al no haber sido su isla tan esquilada como la isla mayor, estuviesen aún dispuestos a engrosar las filas de Cartago que, en todo caso, aún no había perdido la guerra y podía creerse que tenía todavía posibilidades de superar los fracasos previos. Por si fuera poco, tampoco la retirada de Magón de la Península impidió que los cartagineses siguiesen intentando reclutar tropas en ella, aunque ahora podía ser más difícil como muestra la captura, por parte de gentes de Sagunto, de cartagineses que trataban de contratar mercenarios y que iban provistos de doscientas cincuenta libras de oro y ochocientas de plata (Liv., XXX, 21, 3-5). No obstante, poco antes, en la batalla de las Grandes Llanuras participaron 4.000 celtíberos que habían podido ser reclutados en Hispania y se estaba a la espera de nuevos contingentes (Plb., XIV, 6, 13; 7, 4-8; Liv., XXX, 7, 10).

En la batalla decisiva de Zama, el número de mercenarios ligures, galos, baleares y maurusios superaba los doce mil, precedidos por los elefantes y seguidos por las tropas nativas, cartaginesas y africanas y, en último lugar, los italiotas (Plb., XV, 11, 1-6). Además debía de haber también mercenarios hispanos, embarcados desde Italia por Aníbal y que

en Apiano aparecen también mencionados durante la batalla (*Lib.*, 40, 46-48) (García y Bellido 1969-1970, 111-120).

Polibio elabora una semblanza de Aníbal en la que destaca, entre otras cosas, su capacidad como general sobre tropas tan diversas, que por su interés reproducimos:

“¿Quién no alabaría el saber militar, el coraje y el vigor de Aníbal en sus campañas, si considera el largo tiempo que duraron, si piensa en las batallas que libró, de menor o mayor envergadura, en los asedios que emprendió, en las ciudades que desertaron de uno y otro bando y reflexiona, además, sobre el alcance del conjunto de sus planes, sobre su gesta, en la que Aníbal guerreó ininterrumpidamente dieciséis años contra Roma en tierras de Italia, sin licenciar jamás las tropas de sus campamentos?. Las retuvo, como un buen piloto, bajo su mando personal. Y unas multitudes tan enormes jamás se le sublevaron ni se pelearon entre ellas, por más que echaba mano de hombres que no eran ni del mismo linaje ni de la misma nacionalidad. En efecto, militaban en su campo africanos, iberos, ligures, galos, fenicios, italianos, griegos, gentes que nada tenían en común a excepción de su naturaleza humana, ni las leyes, ni las costumbres, ni el idioma. A pesar de todo, la habilidad de Aníbal hacía que le obedecieran, a una sola orden, gentes tan enormemente distintas, que se sometieran a su juicio aunque las circunstancias fueran complicadas o inseguras, y ahora la fortuna soplara estupendamente a su favor, y en otra ocasión al revés. Desde este punto de vista es lógico que admiremos la eficiencia de este general en el arte militar” (*Plb.*, XI, 19, 1-6; trad. M. Balasch).

También en Livio encontramos una reflexión parecida, quizá modelada sobre la de Polibio, dadas sus evidentes semejanzas:

“Y no sé si fue más admirable en la adversidad que en el éxito, él, que en tierra enemiga, durante trece años, tan lejos de su patria, con suerte diversa hacía la guerra con un ejército no de su propia nación, sino formado por un conglomerado de todo tipo de pueblos que no tenían ni leyes, ni costumbres, ni una lengua común, sino aspecto diferente, indumentaria, armas, ritos, religiones, casi dioses diferentes, fundidos entre sí por una especie de vínculo único de tal forma que no estalló ninguna sedición ni entre ellos ni contra su general a pesar de que a menudo faltaba dinero para la paga y abastecimiento en territorio enemigo, falta por la que en la guerra púnica anterior se habían cometido muchas atrocidades entre los jefes y la tropa. Realmente, tras la destrucción del ejército de Asdrúbal y del propio general, en los que se cifraba la única esperanza de vencer, y tras la retirada a los últimos confines del Brucio renunciando al resto de Italia, ¿a quién no le parece sorprendente que no se produjera motín alguno en el campamento?” (*Liv.*, XXVIII, 12, 2-6; trad. J.A. Villar).

Como apuntábamos páginas atrás, es posible que las negativas experiencias vividas por Aníbal en Cartago durante su infancia, y en las que su padre Amílcar jugó un papel tan relevante, hayan contribuido a convertirle en un experto en el manejo de un tipo de ejército tan peculiar y, *a priori*, tan problemático, como el cartaginés con un porcentaje

tan elevado de tropas mercenarias. Del mismo modo, sus experiencias sobre el terreno en la Meseta debieron de haberle servido como la necesaria práctica inicial que complementaría sus visiones teóricas sobre la dirección de mercenarios que, hemos de creer, eran bien conocidas por la élite cartaginesa aun cuando el irresponsable comportamiento de las autoridades de la ciudad tras el final de la Primera Guerra Púnica muy bien podrían hacer dudar de este hecho. Suele ser un recurso habitual que el vencedor alabe los méritos del perdedor porque ello repercute en su propia gloria pero, a pesar de ello, cuando los autores antiguos, tanto Polibio, que vive más cerca de los acontecimientos, como Livio, que lo hace bastante tiempo después, no pueden por menos que mostrar sorpresa ante esa capacidad del general cartaginés por mantener cohesionado, incluso en momentos de dificultad, a un ejército tan complejo como debía de ser el cartaginés del último tercio del s. III a.C. Todo ello va en la línea, bien argumentada por Quesada, de que Aníbal habría contribuido a convertir en “soldados” a tropas que en origen eran tan solo “guerreros” y a establecer un vínculo personal entre esos soldados y su persona, algo inédito en la historia militar de Cartago (Quesada 2005, 129-161).

6. PARA UNA “ARQUEOLOGÍA” DEL MERCENARIADO

Los testimonios arqueológicos que pueden adscribirse con relativa certeza a los mercenarios empleados por Aníbal no son demasiado abundantes. Pueden destacarse, no obstante, algunos. En primer lugar, el conjunto de 56 monedas de cobre cartaginesas del Castillo de Doña Blanca, que se hallaron pegadas entre sí y dispuestas de modo que parecían haber estado contenidas en “una especie de saquito de tela o cuero, de forma tubular”; se ha interpretado como una pérdida accidental consecuencia “de la precipitada huida de su poseedor, probablemente un soldado, ante los graves acontecimientos que acabaron con la vida del yacimiento”. Su cronología se sitúa entre 221 y 210 a.C. y se sugiere que pudo tratarse de la bolsa de un mercenario recién llegado a la Península procedente del Norte de África en los últimos años de la guerra; el que no aparezca en el mismo moneda púnica peninsular es lo que permite a las autoras que publicaron el hallazgo llegar a esta conclusión (Alfaro y Marcos 1993, 39-44; *Id.* 1994, 229-244); quizá su contexto histórico pueda situarse en la conflictiva relación existente entre Gadir y Cartago en los últimos momentos de la presencia militar de ésta en Iberia (Álvarez 2006, 125-140).

Este tesorillo se ha solido vincular con otro importante conjunto monetario, por desgracia sin contexto arqueológico claro, hallado durante el dragado del puerto de Melilla en 1981 y que presenta en su mayoría monedas del mismo tipo que las halladas en Doña Blanca y que cuenta con numerosos paralelos en todo el Mediterráneo. Su estudiosa sugirió que ese numerario “podía estar destinado para pagar a los mercenarios acantonados en esta zona de la actual Melilla, o en sus sucesivas escalas de navegación del norte de África en dirección al estrecho de Gibraltar, durante los años del conflicto

bélico” (Alfaro 1993, 9-46) lo que resulta una hipótesis, en nuestra opinión, bastante factible.

Como se ha visto a partir de un reciente estudio (Graells 2014), a pesar de la exhaustividad del mismo, es difícil encontrar huellas incontrovertibles de la actividad de los mercenarios en el registro arqueológico, al menos en el periodo al que se dedica el mismo (s. VI-IV a.C.) y lo mismo ocurre en momentos posteriores. La moneda resulta un testimonio de gran interés, como hemos podido ir viendo a lo largo de este trabajo, tanto en un primer momento (finales del s. IV-inicios del s. III a.C.) cuando su presencia en contextos hispánicos, aún muy alejados de la economía monetar, puede ponerse en relación con diversos aspectos referidos al mercenariado, o en los momentos finales de la Segunda Guerra Púnica, cuando algunas emisiones específicas pueden interpretarse desde el punto de vista de la paga en moneda fraccionaria entregada a las tropas contratadas por Cartago.



Fig. 3. Recinto fortificado de tipología mediterránea de S’Hospitalet Vell (Manacor)
(foto de A.J. Domínguez Monedero).

En cualquier caso, y por el método empleado para reclutar mercenarios, al que también hemos aludido, resulta difícil encontrar huellas directas (más allá, como mucho, de la moneda) de las actividades de estos reclutadores de mercenarios, de estos individuos influyentes de Cartago que recorren los diversos territorios del Mediterráneo occidental

e, incluso, de Grecia para proporcionar nuevas reclutas a la siempre exigente maquinaria imperial cartaginesa. Sin embargo, eso no quiere decir que no puedan haber existido otro tipo de estructuras más sólidas (Fariselli 2011, 137) que, al menos en ocasiones y tal vez en algunos territorios determinados puedan haber también servido para este propósito. Me refiero aquí, en concreto, a un caso que se ha presentado en la bibliografía relativo a la isla de Mallorca. Como hemos visto en páginas anteriores, la presencia de mercenarios baleáricos, específicamente honderos, está bien atestiguada en los ejércitos de Cartago desde, al menos, el s. V a.C. y en su reclutamiento intervendrían, como atestiguan las fuentes literarias, los agentes cartagineses aun cuando, en el caso de las Baleares, es bastante probable que los mismos contasen con el conocimiento y el apoyo que la ciudad de Ebuso les pudiese prestar habida cuenta las intensas relaciones que la ciudad fenicia mantendrá con esas islas vecinas (Costa 2004, 215-224).

Como nos informa Livio (XXVIII, 37, 3-4), antes de la fallida expedición de Magón a Mallorca y la exitosa a Menorca, el hermano de Aníbal, una vez abandonada para siempre la Península se va a dirigir en primer lugar a Ebuso donde sus habitantes, a pesar del duro revés para Cartago que supuso este hecho, le acogen de forma pacífica y amistosa y le surten de todo lo necesario para reabastecer su flota y su ejército con tropas y armas (*in supplementum classis iuventus armaque data*). Tras ello, cruza Magón hasta las Baleares. No se nos informa si parte de esos hombres que recibe en Ebuso pudieron haberle servido para introducirle ante las poblaciones baleáricas, lo que no resultó en Mallorca aunque acaso sí en Menorca. Como veíamos antes, y según nos informaba Livio (XXIII, 13, 8) Magón tenía experiencia en reclutar mercenarios, aunque en aquella ocasión iba acompañado de un *dictator* nombrado por Cartago, que se encargaría de la cuestión logística y, quizá, de los pagos. No sería difícil pensar que, en Mallorca, Magón pudiese haberse hecho con los servicios de algún ebusitano que conociese las peculiaridades de la sociedad baleárica para conseguir sus fines. Como vimos, sin embargo, la recepción a pedradas en Mallorca les impide cumplir su cometido, aunque tienen éxito en Menorca. De cualquier modo, la implicación de Ebuso en el esfuerzo de guerra cartaginés ha sido subrayada, con buenos datos, arqueológicos y numismáticos, por algunos autores (Costa 2000, 63-115; Campo 2012, 21-46) y, por consiguiente, la posibilidad de que pudiesen prestar apoyo también en esta ocasión a Magón en su intento de reclutar tropas de tanto interés como los honderos baleáricos no puede descartarse.

Sobre la posible existencia de unas huellas más visibles de esta posible intervención cartaginesa (y tal vez ebusitana) en las Baleares conviene detenerse en un yacimiento que, a pesar de haber sido objeto de trabajos de excavación, solo cuenta con alguna publicación que presenta sus resultados de forma incompleta. Se trata, sobre todo del sitio conocido como Hospitalet Vell, en Manacor; es un yacimiento complejo utilizado en diversas etapas, que contiene navetas, un talayot cuadrado en el que se hallaron restos de lo que pudiera ser un banquete ritual con presencia de ánforas púnico-ebusitanas del s. IV a.C. y, por fin, un recinto rectangular (22,3 x 12,2 m.) (Rosselló 1983; Munar y Salas

2005, 161-169; Munar 2006, 50-60). Es este último, cuya fecha de construcción no puede precisarse con exactitud, el que nos interesa aquí. Ya su propia planta (un rectángulo perfecto) y su sistema constructivo apuntaban a prototipos que poco tenían que ver con la tradición local sino más bien con esquemas poliorcéticos extra-insulares, de influencia mediterránea, griega o helenística. Aunque quizá surgido con anterioridad, parece haber sido utilizado durante el último tercio del s. III a.C. para luego quedar en desuso y ser luego compartimentado en su interior y cambiar por completo de función. Se ha sugerido para este edificio una función “*éminemment défensive, ou bien en rapport avec l’hébergement sporadique d’un détachement militaire*”, quizá destinado a “*exercer un contrôle sur les indigènes et pour faciliter les levées de mercenaires*” (Guerrero 1989a, 99-114; *Id.* 1997, 215-217). Dependiendo de la cronología inicial del recinto, que solo nuevas excavaciones podrán precisar, ya sea esta antigua (¿ss. V-IV a.C.?), ya más reciente (¿s. III a.C.?) lo que el mismo parece mostrar es cómo los cartagineses pudieron articular, sin duda en colaboración con sus aliados ebusitanos, el proceso de reclutamiento de honderos que, a diferencia de otros contingentes de mercenarios, procedían de forma exclusiva de las Baleares y formaron parte de los ejércitos cartagineses desde el s. V hasta el final de la política expansionista cartaginesa (Domínguez 2005, 163-189).

La presencia de posibles elementos de arquitectura mediterránea, en especial torres y bastiones, se ha sugerido también recientemente para el yacimiento de Son Catlar (Ciutadella, Menorca), quizás adosadas a un recinto talayótico de cronología anterior; aunque a la espera de la publicación de los resultados de los trabajos arqueológicos llevados a cabo, en especial durante 2016, se ha ido avanzando la cronología prerromana de esos elementos arquitectónicos y su relación con la actividad cartaginesa durante la Segunda Guerra Púnica (Prados *et al.* 2015, 9-13; Universidad de Alicante 2016). Es aún pronto para saber si estas estructuras tienen que ver con actividades relativas al reclutamiento de mercenarios o, por el contrario, con la política de control cartaginesa en la isla, bien como resultado de la llegada de Magón o de un interés previo por Menorca. En cualquier caso, las novedades poliorcéticas en Son Catlar sugieren, igual que el recinto fortificado de Hospitalet Vell, en Mallorca, que el interés de los púnicos (¿de Ebuso, de Cartago, de ambas?) acabaron abarcando intereses militares, además de los estrictamente económicos, que hasta ahora eran bien conocidos.

Un último grupo de documentos, de nuevo en el ámbito balear, que puede tener relación con el reclutamiento de mercenarios balearicos, puede estar representado por la producción de estatuillas de bronce halladas en diversos puntos de las Baleares, en algunas ocasiones en su contexto arqueológico (Amorós y García y Bellido 1947, 3-27), aunque en otras muchas sin el mismo. Estas figurillas, aunque en diversas variantes, presentan a un guerrero desnudo, armado con casco, lanza y pequeño escudo redondo (casi siempre perdidos). Suelen aparecer blandiendo la lanza en actitud ofensiva con su mano derecha mientras que con la izquierda sujetan su pequeña rodela en actitud defensiva. Se les ha solido considerar como una representación del *Mars Balearicus* (Blech y Marzoli 1991,

94-116) y cuando han aparecido en contexto parecen haber formado parte de conjuntos votivos, como ocurre en el caso de Son Favar donde se hallaron cuatro de esas estatuillas junto con un heterogéneo conjunto de materiales, incluyendo cerámicas, pasta vítrea y otros objetos de bronce. Sus prototipos parecen hallarse en el mundo suritálico y podrían datarse en el s. III a.C. Ya en una de las primeras publicaciones científicas de las halladas en Son Favar se sugería que “las figuras pudieron traerlas, o adquirirlas o robarlas (los mercenarios baleáricos figuran en estos en Sicilia e Italia) del sur de Italia” (Amorós y García y Bellido 1947, 3-27). Las figurillas han aparecido tanto en Mallorca como en Menorca y su relación con el mundo cultural de los honderos baleáricos parece bien establecida gracias a los hallazgos contextualizados, que suelen aparecer en relación con espacios de culto (Llompert 1960, 101-128). El estudio estilístico, además de confirmar sus afiliaciones centromediterráneas (especialmente en diversos contextos itálicos) no parece rechazar su elaboración en las propias islas (Blech y Marzoli 1991, 94-116), si bien las posibilidades barajadas para su presencia en ellas son diversas: pueden ser productos suritálicos llegados como consecuencia de relaciones comerciales o por medio de los mercenarios, aunque faltan en esos lugares piezas similares a las baleáricas; pueden ser producciones de talleres indígenas que, sin embargo, no se conocen en las islas; pueden ser producciones insulares pero hechas por artesanos foráneos y, por fin, puede haber algunas hechas por estos últimos y otras por bronceístas locales. Del mismo modo, y aunque pueden representar a la divinidad venerada se ha planteado también que “siguin només objectes de prestigi o ex-vots que s’oferien a les divinitats” (Gual 1993, 41-42).

Así pues, y a pesar de los problemas que plantean estos objetos, es bastante probable que los mismos tengan que ver con los mercenarios baleáricos retornados a su tierra tras haber cumplido su servicio en el Mediterráneo central. Es más, no sería improbable que la predilección por este tipo iconográfico pudiera tener que ver con la semejanza que podían percibir sus dedicantes entre el mismo y sus propias características físicas. En primer lugar, se trata de figuras desnudas y es bien conocida la relación que los autores antiguos establecen entre la desnudez y el nombre griego de las islas, Gimnesias (ver, por ejemplo, Serv., *Comm. ad. Verg. Georg.*, I, 309) y, por otro lado, hay una clara semejanza con estas figuras y la descripción que de los mercenarios baleáricos da Estrabón, donde además de mencionar las tres hondas que solían portar, asegura que acudían al combate desnudos, llevando un escudo de piel de cabra en torno a su mano y una lanza con la punta endurecida al fuego y solo raras veces dotada de una pequeña punta de hierro (Str., III, 5, 1). Con excepción del casco, que no aparece mencionado en la descripción estraboniana, el resto de la misma concuerda con el aspecto que presentan todas estas figurillas de bronce que son tan características del ámbito baleárico sin que existan piezas similares fuera de ese ámbito, por más que sus prototipos puedan ser reconocibles en otras áreas mediterráneas, en especial las itálicas como hemos mencionado, aunque presenten notables diferencias (Domínguez 2004, 276; *Id.* 2005, 177-178). La convivencia en los ejércitos cartagineses de grupos de orígenes tan diversos, pero en los que los combatientes

de origen itálico constituían un grupo muy numeroso, y de gran calidad (Brizzi 1995, 309) y que también fueron importantes en Sicilia (Tagliamonte 1994), puede haber influido en los gustos de los baleáricos.



Fig. 4. Imagen aérea del poblado talayótico amurallado de Son Catlar, en Ciutadella (Proyecto Modular, 2016).

Por consiguiente, se puede seguir manteniendo la hipótesis de que estas figuras pueden representar dedicatorias de un tipo especial, encargadas por unos individuos, sin duda con un cierto poder económico, que ofrendarían a sus divinidades exvotos que, en cierto modo, reflejaban su aspecto durante el combate o, al menos, durante alguna de las fases del mismo. Parece fuera de dudas que los honderos, que formaban parte de la infantería ligera, actuarían como tales en las fases iniciales del combate, llegando en ocasiones a golpear a personajes relevantes del bando enemigo, como le ocurre al cónsul Paulo Emilio durante la batalla de Cannas en la que, nada más comenzar la misma, recibió el impacto de un proyectil de honda que le inhabilitó para el resto del combate (Liv., XXII, 49, 1-3) y, en último término, le provocaría la muerte. Pero una vez trabado el combate entre las unidades de infantería pesada su utilidad como honderos, al menos mientras no hubiese otra posible amenaza (llegada de nuevas tropas, ataques de la caballería) sería limitada. Ello justificaría ese otro armamento, la lanza y el pequeño escudo, con el que podrían, mezclándose con el resto de la infantería ligera, seguir hostigando al enemigo. Es, pues, este aspecto el que muestran las figuras bronceas baleáricas y es otro argumento

más para vincularlas a los mercenarios, aunque no, como se pensaba a mediados del s. XX, como artículos tomados como botín o robados. Las cronologías propuestas para estas obras, entre los s. IV y II a.C., no se oponen tampoco a esta consideración.

Por supuesto, puede haber habido otros mecanismos para explicar la llegada de los temas representados en esas figuras pero, del mismo modo que no debemos sobrevalorar el posible impacto de los mercenarios (Fariselli 2011, 146) tampoco hay por qué minusvalorarlo; las estatuillas de guerreros baleáricos pueden (tal vez) explicarse por otras causas, aunque el problema es que, a diferencia de otros objetos cuya llegada a través de otros mecanismos (comercio, presencia de poblaciones extranjeras, etc.) es bastante probable, en este caso nos hallamos ante un tipo de artículo que no tiene paralelos exactos fuera de las islas, aunque, como hemos visto, sus posibles prototipos proceden claramente del exterior de ellas y, además, cuyo valor cultural y de prestigio parece fuera de duda. Por ende, en ningún momento hemos pensado que haya habido un “rientro in massa alle proprie sedi di gruppi mercenari ‘acculturati’ una volta assolto il proprio compito” (Fariselli 2011, 146).

Está claro que quizá no muchos mercenarios regresasen tras sus largas y peligrosas campañas, bien porque muriesen bien porque encontrasen tierras u otros modos de vida fuera de sus lugares de origen (Quesada 1994a, 189-242) y, sin duda, hay que mitigar el fervor “aculturador” del que hacían gala estudiosos más antiguos (García y Bellido 1953; *Id.*, 1974, 201-203; Quesada 1994b, 309-311). No obstante, con que de entre los miles de soldados que sirvieron fuera de las islas solo hubiese regresado un cinco por ciento o, incluso, menos, ello sería suficiente para explicar la presencia de unos exvotos que tampoco son demasiado numerosos y se escalonan durante un amplio periodo de tiempo. Lo mismo vale para los otros territorios en los que se reclutan mercenarios; la introducción de nuevas costumbres, objetos o tradiciones depende también del rango y del nivel social del sujeto y, por lo tanto, y sin incurrir en excesos del pasado tampoco se debe despreciar la capacidad que determinados individuos, a lo largo de diversas generaciones, pueden haber tenido para propiciar transformaciones dentro de sus sociedades de origen, siempre formando parte de todo un conjunto de mecanismos más complejos. Así, por ejemplo, la ya mencionada presencia de moneda cartaginesa en diversos contextos peninsulares bastante antes de que la economía monetaria se generalice en Iberia puede ser un indicio de estos procesos; asimismo, la introducción de nuevos gustos y nuevas modas, que a veces dejan huellas materiales y otras no, se pueden ver favorecidas por tipos de movilidad social que en ocasiones han sido dejados de lado, como la propiciada por las actividades militares, en favor de otras más asumidas como el comercio. Hace ya bastantes años Acquaro apuntó algunas ideas de interés sobre esta problemática que, sin embargo, no han tenido el eco que, en nuestra opinión, merecían (Acquaro 1996, 385-388).

7. CONCLUSIONES

Para concluir estas páginas, querría insistir en primer lugar en que cada vez se reconoce más cómo la personalidad de Aníbal introduce unos cambios trascendentales en la composición si no del “ejército cartaginés” en su conjunto sí, al menos, en aquella parte del mismo que estuvo directamente bajo su mando, que no obstante no tendrá futuro ante la derrota de Cartago en la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo, esos cambios hunden sus raíces en algunos hechos que hemos ido apuntando a lo largo de estas páginas. Estos hechos tienen que ver con la deriva expansionista de Cartago desde el s. VI y, sobre todo, porque está bien atestiguada, desde el s. V, que fuerza a Cartago a introducir tropas mercenarias que primero complementan y, con el tiempo, sustituyen o superan al ejército ciudadano. Con este ejército, compuesto de soldados libios, a los que podemos considerar, sin demasiados problemas, aliados de Cartago y de tropas extra-africanas reclutadas a cambio de dinero (italicos, galos, iberos, baleáricos) la ciudad puede mantener un dominio, no siempre fácil pero, en todo caso, sólido sobre una parte importante de Sicilia y sobre Cerdeña.

Durante el primer enfrentamiento con Roma, cuya potencialidad demográfica, gracias a su unificación de la Península Italiana, es incomparablemente superior a la cartaginesa, Cartago no puede limitarse solo a aumentar el número de sus tropas sino que tiene que dar otros pasos. Sin duda a ello obedece la llegada de Jantipo y la introducción de nuevos conceptos tácticos de cuño helénico pero, bien entendido, ajustados a las necesidades propias del mundo cartaginés de época “helenística”. Es innegable que Filipo II de Macedonia y Alejandro Magno habían creado un nuevo tipo de ejército, adaptado a las necesidades y limitaciones de los macedonios, el cual fue continuamente modelado, sobre todo por este último, atendiendo a las necesidades concretas de cada una de sus campañas. La labor de Jantipo, de la que solo conocemos algunos detalles, pudo haber ido en esta dirección, es decir, aprovechar el modelo de ejército heterogéneo que tenía Cartago, cimentado no sobre una identidad étnica común ni sobre una ideología dominante sino tan solo sobre el deseo de sus miembros de percibir una soldada más que holgada y beneficios adicionales en caso de victoria, y extraer de él todas sus potencialidades. Sin duda esto era así porque Cartago no estaba en condiciones de disponer de otro modelo de ejército y cualquiera que hubiese conocido la ciudad lo hubiera percibido al momento. Quizá el grado de cohesión logrado tras las innovaciones de Jantipo pudiera haber engañado a las autoridades cartaginesas tras el final de la Primera Guerra Púnica, que tal vez hubiesen acabado por confundir el alto nivel de eficacia conseguido con una adhesión de los mercenarios a la ciudad de Cartago. No de otro modo se explica el irresponsable comportamiento de estas autoridades que, a pesar de que los generales se habían preocupado de trasladar de manera escalonada a África a las tropas licenciadas para que se saldaran las deudas contraídas con ellas y fuesen marchándose ordenadamente a sus lugares de origen (Plb., I, 66, 3-4), pudieron llegar a pensar que “los mercenarios

renunciarían a una parte de los sueldos si recibían y congregaban a todos en Cartago” (Plb., I, 66, 5). Esta idea solo tiene sentido si se creía que estos mercenarios podrían estar “comprometidos” con la ciudad casi como si hubiesen sido tropas nacionales, lo cual era desconocer los intereses de estos soldados. Este error de apreciación puede haberse debido, pues, a los excelentes resultados producidos por las innovaciones introducidas por Jantipo, y pronto implementadas por personajes de extraordinaria capacidad, como Amílcar Barca. No podemos perder de vista que Amílcar, al frente de un ejército muy numeroso, no había sido derrotado cuando Cartago descargó en él la responsabilidad de tomar la decisión que pensase que era la mejor ante esa situación y que, tras la derrota en las islas Égadas de la flota que se dirigía a avituallarle, no podía ser otra que la capitulación (Plb., I, 6, 3-6).

Por consiguiente, y puesto que el éxito sobre los mercenarios sublevados fue obra de Amílcar, el general dispuso de la autonomía suficiente para llevar a cabo la conquista de Iberia como paso previo para volver a hacer la guerra contra Roma. Con este general, y sobre todo con su hijo Aníbal, culmina la metamorfosis del ejército cartaginés; su base siguen siendo los mercenarios aun cuando ahora la implicación de los Barca con las élites locales del territorio que controlan va a ser mucho mayor como muestran los ya mencionados acuerdos matrimoniales con miembros de esas aristocracias que, sin embargo, no deben ocultar que seguían siendo las contrapartidas económicas las que permitían que el sistema siguiese funcionando. Aunque es difícil saberlo, dado el poco tiempo que permanecieron los cartagineses en Iberia, quizá hayan tratado de poner en marcha un modelo parecido (salvando las distancias) al que vinculaba a las poblaciones indígenas africanas, los númidas, con Cartago y cuyo nivel de adhesión a ella era, en general, muy elevado. Como muestra de ello podemos recordar el caso de Masinisa, cuando este había decidido cambiar su lealtad y confiársela a los romanos durante los últimos momentos de la Segunda Guerra Púnica y, al aceptar interceder entre Escipión y Aníbal, Apiano nos recuerda que “había sido criado y educado en Cartago y sentía respeto por la dignidad de la ciudad y tenía aún muchos amigos allí” (App., *Lib.*, 37). Sea como fuere, la nueva tendencia de Amílcar y Aníbal parece haber sido combinar los mecanismos tradicionales de reclutamiento de mercenarios con una mayor adhesión de los mismos (o, al menos, de los que configuraban el núcleo duro del ejército) a los objetivos de la política cartaginesa. Ello no impide que Amílcar y Asdrúbal mueran a manos de indígenas ni que los cartagineses pudiesen llevar a cabo reclutamientos excesivos, como los ya mencionados entre oretanos y carpetanos en la época del sitio de Sagunto o, quizá, entre los baleáricos, y que explicaría el violento recibimiento de Magón en Mallorca en el 206 a.C. o el comportamiento de este mismo general con los habitantes de la aliada Gadir.

Un último punto que hemos intentado presentar se refiere al de las posibles huellas materiales que han podido dejar las actividades relacionadas con los mercenarios y con la marcha de la guerra anibálica, las cuales no son del todo incontrovertibles en el caso del testimonio numismático, pero quizá puedan resultar más clarificadoras en otros

casos, como el de las innovaciones poliorcéticas en ámbitos concretos (en especial en las Baleares) o en el de prácticas culturales, asociadas a unos objetos muy específicos, como unas peculiares imágenes de guerreros, también en el caso balear. Sobre el segundo punto ya hemos expuesto en las páginas previas nuestra opinión; sobre el caso de las fortificaciones, de nueva planta o añadidos posteriores a murallas preexistentes y de tradición local, es todavía mucho lo que queda por investigar, puesto que no se trata de murallas erigidas en establecimientos fundados por Cartago, como es el caso de Cartagena (Noguera *et al.* 2011-2012, 497-507) o el Tossal de Manises (Olcina *et al.* 2011, 229-249; Blánquez 2013, 209-253; Olcina y Sala 2015, 107-127), sino de innovaciones más sutiles en territorios en los que no existe un dominio político y militar cartaginés y en los que tal vez Cartago se haya apoyado en viejos aliados, como Ebuso, que conocían mucho mejor esas realidades insulares. De cualquier modo, el panorama aquí ofrecido, que en ningún momento ha pretendido ser exhaustivo, pone sobre la mesa nuevos interrogantes a los que solo la investigación de los próximos años podrá tratar de dar respuesta.